Manolo Ríos: una inefable presencia

Eugenio Cobo

A caso lo primero que me apetece decir es que era el cónsul de Jerez en Madrid, circunstancia que muchos saben. Se sentía un poco exiliado en el barrio de Moratalaz, a donde llegó en 1965. Había que buscarse la vida. Estuve varias veces con él en Jerez. Se notaba su transformación, se le iluminaba la cara, se rompían las nostalgias. Cuando nació su primer hijo, Teresa, todavía vivían en Jerez. Pero cuando nació Manolín, ya vivían en Madrid. ¿Qué hizo el matrimonio Ríos Sastre? Muy fácil: irse a Jerez para que Manolín fuera también jerezano. Es una seña de identidad.

Hablaba de su adolescencia en el campo, compartida por las tardes en los tabancos de Santiago con «Terremoto» y «Sordera» y tantos otros, antes de retirarse a descansar a su casa de Juan de Torres. Me decía que en esas reuniones jamás se dijo éste es payo y el otro gitano, no, todos eran amigos del mismo barrio. Aunque aplaudía entusiasmado todo buen flamenco, como no podía ser de otra manera, vibraba de forma especial con los artistas de su Jerez. Estuve en muchos espectáculos a su lado, y doy testimonio de ello.

Su obra, tanto en prosa como en verso, de creación o de estudio, está teñida, impregnada de ese jerezanismo. Su primer libro escrito en Madrid, *Dolor de sur* (1969), rezuma la querencia por la tierra. En el poema que da título al libro, escribe: «Tierra eres, la mía, dolorosa, / la que me legó cada bóveda y angostura, / la que me sostiene crecer y condolerme». Como el poema familiar «El abuelo» o la evocación de sus amigos de juventud «Carta desde una tarde de paz». Y no digamos ya el siguiente poemario, publicado el mismo año, *Amores con la tierra*. Y hay que recordar necesariamente la gran obra de poesía flamenca, seguramente la mejor después de la de Manuel Machado: *Razón, vigilia y elegía de Manuel Torre* (1978).

En junio de 1993 coordiné en el Colegio Mayor Universitario Isabel de España, de Madrid, un ciclo-homenaje que se hizo a Manolo, con el título de «La poesía andaluza de Manuel Ríos Ruiz». Dos años después, las intervenciones, seguidas de una extensa antología poética del homenajeado, se recogieron en un volumen por Taller El Búcaro, agencia literaria creada por el propio Manolo. Para completar, le hice una entrevista. Manolo habla de su Jerez:

«Aparte de que siempre nos vence la nostalgia y de que es imposible vivir sin recordar, las razones de mi dedicación a glosar mi lugar natalicio, su ámbito y su gente –incluso escribo diariamente una sección («Catavino de papel») en *Diario de Jerez*–, son de índole anímica, claro. Pero tengo no sé si la facultad onírica y a la vez proverbial de vivir en Madrid sin dejar de estar en Jerez. Se trata de una especie de convicción o mentalización que asumí profundamente. Es un sentido, más que un sentimiento, que no he perdido nunca, ni siquiera estando en Nueva York o en Bruselas. Decía Carlyle que en todas las cosas hay un sentido inagotable, puede que mi jerezanía responda a esa idea filosófica. Y no hay que olvidar que el sentido, cuando es así de cierto, responde a un instinto más que a la lógica aparente de una situación. Lo cierto es que cuando estoy en Jerez, que son muchísimos días en el año, no tengo la impresión de estar de visita o de vacaciones, sino que voy por la calle con el mismo talante y sensación de siempre, saludando a los amigos y como si el día anterior también hubiéramos estado juntos.

Manuel Ríos Ruiz

Además, creo que a ellos les ocurre lo mismo al verme, me dicen: hola quillo… Lo que pasa es que me encuentro a tantos que hago más "parás" que el paso del "Prendi" por la calle Ancha».

En sus libros de prosa, sus grandes pasiones jerezanas: el flamenco, los toros, la Semana Santa. Como es poco conocido, diré que la Caja de Ahorros de Jerez publicó en 1982 su fascículo sobre la Semana Santa jerezana. Como toda la gente de Santiago, sentía devoción por El Prendimiento, «El Prendi», imagen que se procesiona el Miércoles Santo.

En 1985 Cinterco le publicó *Presagio y gloria del aire*, que fue el Pregón de la Semana Santa de Jerez de ese año. También pronunció el Pregón de la Feria del Caballo de Jerez en 1980, publicado al año siguiente por la Caja de Ahorros de Jerez. Y *Callejero lírico jerezano* (1982), también editado por la Caja de Ahorros de Jerez. Si hubiera seguido viviendo en Jerez, seguramente el Ayuntamiento le habría nombrado Cronista de la Villa. Pero lo era, lo era de todos modos, desde su puesto de cónsul de Jerez en Madrid. El jerezanismo era su forma de ser, su personalidad. Ya mayor, realizó uno de sus sueños: volver a tener casa en Jerez.

Trabajador infatigable, seguramente se organizaba bien el tiempo, porque le cundía increíblemente. Y cuando se jubiló (su última etapa laboral transcurrió en el Círculo de Bellas Artes), siguió al mismo ritmo. Un día me confesó: «Desde que me he jubilado, trabajo más que antes». Le llamaban de muchas partes y él no quería o no sabía decir que no: siempre a disposición de los demás, a colaborar en lo que se terciara.

Estaba orgulloso de todos los trabajos que había hecho en la vida. De chavea, en la besana, en donde coincidía con la familia «Sordera». De su época de cartero, recordaba: «Cuando yo trabajaba en Correos, ninguna carta dejaba de llegar a su destino, aunque tuviera la dirección mal puesta». O cuando yo veía algún dibujo suyo: «He sido dibujante publicitario, ¿sabes?». Esto, el dibujo y la pintura, fue otro de sus muchos gozos. Y escribió para la colección «Artistas Españoles Contemporáneos», del Ministerio de Educación, ensayos sobre *Juan Gutiérrez Montiel* y *Francisco Hernández*. Gutiérrez Montiel fue un amigo entrañable:

«A Juan Gutiérrez Montiel lo conocemos desde siempre en la amistad del alma. Nacimos en el mismo barrio, crecimos soñando estéticas, vislumbrando odiseas, en un ámbito de milenios asumidos, en el corazón de un pueblo famoso, en sus callejas populares y flamencas, en la época difícil de la posguerra». Ya que hablamos de Juan Gutiérrez Montiel, recordar que con él, Juan de la Plata, Manolo Pérez Celdrán y Sebastián Moya, funda en 1955 el grupo cultural Atalaya, que funciona en el Centro Cultural Jerezano. Será la base para la constitución en 1958 de la Cátedra de Flamencología.

Como escritor, y especialmente como poeta, le consagró todos sus afanes al idioma. Su lenguaje era deslumbrante, con una palabra auroral que bautizaba el mundo con un toque de contenido énfasis. Su demasía en la expresión, por lo demás, era consecuencia de su vitalidad, de su frenesí de gozar la existencia. La musicalidad de su verso es un canto a la vida. En la entrevista citada, me explica:

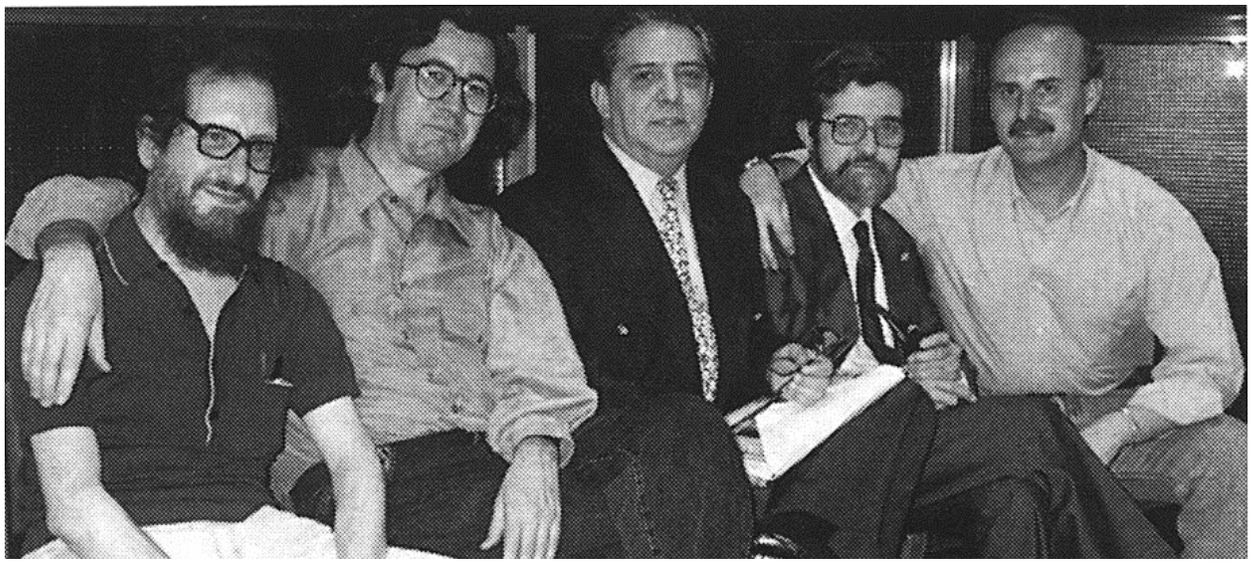
«Creo que una de las funciones de la poesía, y muy junta a la función social, es darle el mayor esplendor posible al idioma. Sí, la palabra poética debe ser al menos dos cosas a la par: vehículo de escándalo hermoso –ese milagro que tú ves en mis poemas– y piedra de amolar invenciones del hombre. Pero todo ello yendo de lo íntimo a lo comunitario. En mi caso, un ejemplo fehaciente de ello me parece que está, o al menos está intentado, en el poema a Manuel Torre. Y de otra manera, pero desde las mismas premisas artísticas, abordé este propósito en el libro *Una inefable presencia*. Hay que tener en cuenta y muy presente que el poeta debe incendiar a su voz y arriesgar en las definiciones y en los conceptos. Por cierto, quiero aprovechar esta entrevista para hacer constar que mi lenguaje poético es nato. Lo respiré entre los míos, en el campo y en mi barrio. Sus vocablos no son otros sino los que están bastante aburridos en el Diccionario de la Real, más algún que otro localismo legítimo y alguna que otra palabra que estimo preciso crear, de vez en cuando, para dibujar un color, un sentimiento, un sonido o una virguería del pensamiento. Lo que pasa es que el lenguaje coloquial de las grandes ciudades y el que se emplea en los medios de comunicación son cada vez más paupérrimos y a veces a base de términos equivocados, incluso equívocos. Estamos asistiendo a la disolución de una riqueza lingüística más que maravillosa. Lo que hago con esas palabras, ahora tan desoídas, es darle sentido y lugar correspondiente en el discurso poético, enaltecerlas, con la entonación, a la vez que ellas magnifican el poema. Lo que sí quiero igualmente dejar puntualizado es que ese lenguaje, en el momento de escribir, me aparece espontáneo y que rara vez reescribo o corrijo lo que no sé cuándo, ni cómo, dejo en el papel».

En la siguiente contestación, Manolo resalta la condición autobiográfica de su poesía: «La poesía es conciencia, pero conciencia decantada. Un énfasis éste que presiento he puesto continuamente en mis poemas. Y lo decantado no evoluciona, sencillamente crece. Ésa es la razón de la poesía en mi caso concreto. Luego, o antes, o en el quid, tiene un trasfondo social desde la premisa de lo vivido, no de las elucubraciones al uso y al abuso de tanto seudopoeta de la época. No obstante, de lo único que estoy completamente seguro de mi poesía, es de que es sumamente autobiográfica en la mayoría de sus versos y también profundamente enraizada en mi tierra, en mi casta de campesinos y artesanos, en lo que he dado en llamar "la bizarría de los pobres", de mi gente, a la que intento reivindicar. De modo que, afinando, afinando, se diría que soy un flamenco de Jerez que canta por el estilo de su casa. Esto que parece una simpleza tiene mucho teleguendengue y mucho titirimundi que dilucidar. Lo del color en mi poesía, con ser importante, ¿por qué no?, es uno de sus matices y no su única definición. Pero en fin, allá cada quien con su vista y su teoría. Para el juicio final queda todavía un largo trecho, dado lo despacio que ara el tiempo en todos los barbechos del arte».

Característica fundamental de la personalidad y, como consecuencia, de la obra de Manolo es su sentido místico de la naturaleza, que desemboca en su percepción de la divinidad. En buena parte de sus libros están presentes las flores, las plantas, los animales, en un plano de fraternidad, como lo hacía Francisco de Asís. Construía preciosas églogas, muchos años antes sentidas que escritas. Creo incluso que en su adolescencia soñaba poder expresar y transmitir algún día la emoción que le palpitaba contemplando la naturaleza.

El sentido de la divinidad es la razón de ser de su obra *Una inefable presencia*. El verso es una forma perfecta de acercarse a Dios, de sorprender lo inaprensible. Aunque no tan explícito, el encuentro con Dios está presente en toda la trayectoria literaria de Manolo. Algunos pensarían de este largo poema unitario que es irreverente. El poeta, crítico y además sacerdote Rafael Alfaro piensa de forma muy diferente: «*Una inefable presencia* es uno de los más bellos libros de poesía mística escritos en nuestro siglo. Diríase que el poeta ha entrado en la unción del alma con el Amado, en un encuentro sublime de experiencia mística. La poesía y la mística se funden y confunden deliciosamente».

En su libro inicial, *La búsqueda* (1963), dejó escrito en su poema «Mi nocturno»: «Tengo a Dios. / Dios que digo y me creo. / Dios del



Eugenio Cobo, Fernando Beltrán, Manuel Ríos Ruiz, Rafael Montesino y Miguel Galanes

anochecer, / amigo de grillos / y recuerdos. / Por eso digo / que tengo a Dios / y lo prometo».

Su esfuerzo cabal por transmitir el asombro que destila al contemplar la creación, bailando el misterio entre las arterias de una siempre lozana esperanza, abrazándose al milagro como forma de transcendencia y estremecimiento que conforta el estar en la tierra, ha hecho de Manolo abanderado y muñidor del decir más sacrosanto y rotundo, soñador de entelequias y, al mismo tiempo, escudriñador de las más profundas entretelas del sentimiento humano. Por su herencia, era dueño de una sabiduría ancestral, que acrisola la palabra decantándose en una llama inextinguible. La sapiencia de muchas generaciones de jerezanos.

Aunque alguna vez prescinde voluntariamente de su habitual brillantez de estilo para hacer una reflexión sobre el sentido de la vida y de cuál es el camino del hombre, como es el caso de su obra *Piedra de amolar*. También es un balance de lo que ha visto, de lo que ha vivido hasta entonces.

En 1973 me introduje en el mundo de la literatura y en el mundo del flamenco de la mano del gran Fernando Quiñones, que, por cierto, es quien había traído a Madrid a la familia Ríos. Los Ríos le pagaron siempre con su amor devoto a Fernando los favores recibidos. Por Fernando conocí a Félix Grande y, casi al mismo tiempo, a Pepe Blas Vega y Manolo Ríos. A lo largo de la vida han estado a mi lado tendiéndome todas las manos posibles Manolo y Pepe. Si algo puedo ser yo, en parte se lo debo a ellos dos. Al poco de conocerlo, Manolo me invitó a escribir en *La Estafeta Literaria*, de la que era secretario de redacción. Maravillosos ratos vespertinos disfruté en el local de la Gran Vía. Muchas tardes, siempre que el trabajo no apremiara, la redacción se convertía en una tertulia literaria, como había sucedido en mucha prensa de principio de siglo, y aún del final del XIX. Ramón Solís, el director, novelista que habría que recuperar, y su equipo: Juan Emilio Aragonés, Eladio Cabañero, Paco Toledano, la secretaria, Meli, hija de Luis López Anglada, y como estrella fulgurante que enamoraba a todos los que por allí pasaban, Manuel Ríos Ruiz, dueño de gracejo no buscado, mago sin pretenderlo, su conversación te transportaba a la más alta esfera.

Fallecido Ramón Solís, desgraciadamente bastante joven, cambió el formato y pasó a llamarse *Nueva Estafeta*, con la dirección del maestro Luis Rosales. A Ramón le dedicó el ensayo que publicó Epesa en 1974, en la colección «Grandes Escritores Contemporáneos». Con Ramón, crea en 1973 la editorial Dante, que se inaugura con *Temas flamencos*, de José Blas Vega. El número 3 de la colección es *Los desamparos* (1975), conjunto de diez relatos de Manolo. Obra dedicada a la familia Quiñones, con la que estaba tan vinculado.

Muchos años después, ya en 2002, publicó *Mis crímenes y suicidios predilectos y otros quebrantos*, segundo y último libro de relatos, que da a la luz VIMASA, es decir, Vicente Martín Sabugo, compañero suyo en el Círculo de Bellas Artes. Lástima que por ser edición no venal, se difundiera escasamente.

Y también publicó teatro, merced al galardón «Rojas Zorrilla» en 1981. Quizás él mismo no se lo acababa de creer, puesto que en la dedicatoria autógrafa que me escribe Manolo en su *Alameda de Pipiritaña*, leo: «A Eugenio, mi amigo entrañable, con el abrazo antiteatral de Manolo». Vaya, vaya, antiteatral y gana un premio de teatro.

Después creó, ya por su cuenta, otras revistas literarias y flamencas; en todas ellas tuve un sitio, era como el escudero de Manolo Ríos. También Pepe y Manolo me hicieron corrector del *Diccionario Enciclopédico Ilustrado del Flamenco*, con la anuencia, por supuesto, del director de Cinterco, el también jerezano Juan Pedro Aladro. Me auparon a cursos, congresos, conferencias, y sé que fue Manolo el que se empeñó en que fuera yo miembro de la Cátedra de Flamencología. Para remate, me pidió que yo redactara su biografía para el *Diccionario Biográfico*, de la Real Academia de la Historia.

Potenció la carrera de muchos artistas: «Agujetas de Jerez», María Vargas, Fernando Gálvez, «Romerito», Morente, «La Paquera», «El Guapo»…, como productor de CBS o en ciclos flamencos del Club Urbis, del Ateneo de Madrid u otros centros culturales. En el mundo literario, principalmente desde su trabajo en *La Estafeta Literaria*, promovió a los jóvenes, a los escritores aún inéditos.

La vida es difícil, a veces muy difícil, pero hay que procurar convertirla en una sonrisa. Desprendía amor todo lo que hacía Manolo, porque era lo que correspondía a su forma de ver la vida. Y también por tener a su lado a una mujer tan singular como Argentina Sastre, para la que escribió el que, en mi opinión, es el mejor libro de Manolo Ríos: *Plazoleta de los ojos* (1982). Se dice, con sobrada razón, que el buen flamenco transmite emoción. Todo arte transmite emoción, de lo contrario no es arte. Manolo transmitía emoción con su palabra, en los libros o en las tertulias, él era la emoción.

Y ya que hablamos de la familia, aseguraré con certeza que el amor por la familia le sostenía en algún contratiempo que pudiera tener. Estaba a salvo rodeado de los suyos: Tina, los hijos, Teresa y Manuel Fernando. Cuando Teresa tuvo sus hijas, Manolo ya sólo hablaba de sus nietas. Abuelo, sí, pero parecía que empezaba a vivir, tanta ilusión, tanta emoción le producían sus nietas. Es necesario decir que las nietas correspondían a ese amor. Y la madre. Hay un emocionante poema en *La búsqueda* dedicado a su madre: «Donde el poeta agradece a su madre la condición». La obra entera lleva este envío: «A mi madre, perenne azahar de ternura».

También la fidelidad inquebrantable a los amigos. No voy a citar nombres, porque serían centenares. Del cariño que le tenían sus amigos he sido testigo infinidad de veces. Deseo concluir con lo que me dijo Manolo en la entrevista sobre lo que suponía para él el flamenco: «En primer lugar, lo entrañable que tiene la vivencia bien gozada. Nací donde el flamenco germina como la correhuela en los cojumbrales. Y el conocimiento de sus valores espirituales y humanos me ha enriquecido. Más que culturalmente, que también, me ha repujado para bien la condición humana. Mi entereza de hombre pasa por la filosofía que el flamenco, el cante en especial, injerta en el alma al asumir la tragirrabia, que es la quintaesencia de esa santa sumisión que toda pobreza transfigura en sentimiento, o sea, en una realeza verídica, en un don para resistir, que es pensar y cantar. Quizás por eso, Díaz Plaja escribió que yo compaginaba "el dolor de criatura humilde con la espléndida cornucopia de valores poéticos que le brinda el contorno nativo". Lo que hizo con su juicio es sencilla y acertadamente definir el cuerpo místico de lo flamenco, la idealidad de una forma de ser y estar en la vida, que yo percibí en un instante grave y bendito. Y lo puse en mi fe y no he querido exagerarlo nunca para que no se confunda nadie de quién soy. Porque lo de ser poeta es lo de menos, puede tratarse de un espejismo como otro cualquiera. Qué quieres que te diga, si tú me conoces, lo sabes y eres mi amigo».